

ARTÍCULO

AUTOR:

Rubén Fúnezⁱ

Recibido el 30 de marzo 2016 y aceptado 30 de abril 2016

Resumen

En este trabajo describimos la condición precaria, sobre todo, en el ámbito de los estudiantes que trabajan, en los profesionales y en los llamados artistas urbanos. Se trata, principalmente, de una primera aproximación al fenómeno de la precariedad. Después de esta descripción, concluimos que de lo que está

adoleciendo la clase trabajadora de este país, es de una organización sindical comprometida con las luchas y los intereses de los trabajadores.

Palabras claves: Precariedad, precarización, precarios, anomia, sindicalización.

Abstract

In this paper we describe the precarious conditions, especially in the field of working students, professional and so-called urban artists. It is primarily a first approach to the phenomenon of precariousness. After this description, we conclude that what is to suffer the working

class of this country, is a trade union organization committed to struggles and interests of workers.

Keywords: Precariousness, Insecurity, precarious, anomie, unionization

.....
i Doctor en Filosofía. Profesor de Filosofía Universidad Luterana Salvadoreña. El Salvador, C.A. rubenfunez@gmail.com

Introducción¹

Nos encontramos en una situación descrita por muchos como gris. ¿A qué nos referimos cuando describimos la situación en aquellos términos? Un ejemplo puede servir de respuesta. En la noche recién pasada (29 de octubre de 2015) a Asamblea Legislativa aprobó la “contribución” que hay que hacer por el uso de celulares, tabletas, internet, cable, etc. y, asombrosamente, la población no ha emitido ni el más mínimo gesto de desaprobación.

Al consultar a mis alumnos al respecto; uno de ellos, comparando la situación actual con las décadas del 70 y 80, afirmaba que el gran problema de hoy es que la gente no protesta porque se siente sola, sin apoyo; en cambio, en las protestas de aquellos días, la gente, rigurosamente hablando, no protestaba como Pedro o como Juan, sino como miembros de poderosas organizaciones sindicales, que fungían como escudo protector.

Esta observación es un motivo más que suficiente para apuntar a lo que probablemente sea el signo más grande de nuestro tiempo, nos referimos a la falta de capacidad para negociar que tiene actualmente la población y esa incapacidad se debe fundamentalmente a la crisis profunda por la que está atravesando el sindicalismo salvadoreño. Y a su vez esta crisis es manifestación de una renuncia mucho más grave, la renuncia a la política. Después

de los acuerdos de postguerra, se dejaron a las organizaciones populares a la deriva.

Otro alumno dijo, con sencillez, que la población simplemente tiene miedo a ser golpeado, etc., etc. la observación dio pie para recordar que aunque en el pasado no se protestara a título personal, las golpizas y muertes si eran soportadas individualmente. Sin embargo, no fueron razón suficiente para que se dejara de protestar. Este dato no nos libra del miedo a una posible represalia por parte de los aparatos represivos; cuestión que nos hace pensar la mala gestión que tuvo la postguerra, que hace a algunos afirmar que también se renunció a la guerra.

Pero no solamente estos dos rasgos explican el comportamiento de la población salvadoreña. Hay, en buena parte de los salvadoreños organizados, la sensación de que se encuentran ya en el poder, y que todas aquellas reivindicaciones por las que en otrora se luchó tan atrocemente, van a ser conseguidas mediante la gestión de sus líderes, que ahora se encuentran ya en el poder.

¹ Esta introducción fue publicada originalmente en <http://uls.edu.sv/sitioweb/index.php/component/k2/item/337-precariedad-anomia-e-imposicion-fiscal>

La pregunta que inexorablemente hay que hacerse es si de verdad tienen el poder. Y hay que decir, que si el sistema sigue siendo el mismo e incluso si el modelo lo sigue justificando, tendremos que afirmar que rigurosamente hablando no se ha tomado el poder; no sólo esto, también hay que decir, que desde el momento mismo en que el FMLN devino partido político con las mismas reglas de juego, hay que afirmar que se renunció a tomar el poder.

Aquella triple renuncia, fue la condición de posibilidad para que en el país se entrara en un proceso de privatización, con la consiguiente flexibilización laboral que nos ha sumido en la más nefasta inseguridad.

La inseguridad en la que ahora nos debatimos tiene tres frentes, hay inseguridad en el empleo, inseguridad en el trabajo e inseguridad respecto a nuestros derechos. La inseguridad es el medio para que, como muy bien lo dice la sabiduría popular, el empleador mida la necesidad del empleado, se trata de una

inseguridad en la que los trabajadores no tienen ni la más mínima posibilidad de reaccionar.

Ante esta situación, no es por eso extraño que a todos nos invada una sensación de desfallecimiento y sin sentido, porque como también afirma Standing (2014), esta crisis también es existencial. Tanto a trabajadores como a intelectuales, nos invade una enorme anomia.

De esta enorme inseguridad es de la que queremos tratar en este trabajo y para ello nos vamos a centrar en la precariedad² de los estudiantes, de los profesionales y de los artistas urbanos.

.....
2 Precariedad, en el sentido en el que la estamos atendiendo en este contexto, es sinónimo de inseguridad. Estamos inmersos en una situación en la que los trabajadores no tenemos asegurados nuestros derechos laborales. Esa situación la comparte tanto la muchacha que en Wali-mar gana el salario mínimo, como el director regional de esa misma cadena de supermercados. Pues bien, a esa inseguridad en la que se encuentran todos los trabajadores es a lo que aquí llamamos precariedad. Por eso resulta que hoy, si pudiéramos medir la precariedad, son más precarios los profesionales, que por ejemplo, el sector urbano informal.

Precariedad y Estudiantes

Asistimos a una situación en la que el trabajo se ha convertido en una necesidad vital. Se trata de una necesidad en la que no nos hacemos mejores seres humanos. Algunos seres humanos necesitan leer, necesitan aprender, porque en esas actividades les va la vida. Realizando esas actividades cre-

cen como personas. Hay necesidades que nos permiten ser más. En el caso del trabajo es una necesidad, pero una necesidad que se ha convertido en una carga pesada de sobrellevar. Por ejemplo, una joven estudiante confiesa que en su trabajo "se siente aburrida y cansada, pero que lo necesita".

Es de esperar que el trabajo canse. Alguien puede gozar plenamente leyendo, pero si lo hace de modo continuado termina por cansar. Sin embargo, que el trabajo aburra es un síntoma de que estamos realizando una actividad que no nos enaltece. Esta joven apenas tiene 19 años pero ya siente que el trabajo es una actividad que le aburre.

Pero no se trata simplemente de una actividad necesaria, sino que es una actividad vital. Es que necesitamos trabajar para sobrevivir. Aquello de Standing (2013) de que se vive el trabajo como algo instrumental es increíblemente cierto en nuestras latitudes. Aquí todo mundo tiene que trabajar porque es el único modo de sobrevivir. Dice la misma joven encuestada que conseguir un trabajo significa la mayoría de veces "la oportunidad de tu vida". En una situación de carencia tan aguda, contar con un trabajo es como haberse sacado la lotería, es la oportunidad que no puedes dejar ir. Si en otras latitudes se puede todavía no aceptar un trabajo, o porque el salario es muy bajo, o porque los contratos de trabajos son injustos. Aquí trabajamos en lo que encontramos. Y tenemos la virtud de considerarlo como la oportunidad que esperábamos.

Por eso se entiende que tampoco nos hagamos muchas expectativas respecto al salario. Un joven ingeniero me contaba notoriamente satisfecho de que había encontrado trabajo, y cuando le pregunté cuánto ganaba

me dijo que \$400 mensuales. Sin embargo, haber encontrado un trabajo era casi parecido con haber encontrado una mina de oro. Por esa razón se entiende, en seguida, que la estudiante a la que nos estamos refiriendo al ser preguntada si estaba a gusto con su salario, contestara de inmediato, que por supuesto. Lo sorprendente del caso es que como ella misma lo afirma "le alcanza para lo justo y algo más".

Si nos figuramos que se trata de una joven que probablemente no paga casa, luz, cable etc. Nos podemos hacer una idea a lo que se refiere con "alcanza para lo justo". Es decir, puede pagar la universidad, y alguna vez podrá ir al cine, o irse a tomar un café con sus amigos. No estamos ante un jugoso salario con el que se pueda dar la gran vida. No obstante, ella está satisfecha con el salario que devenga. También se da el caso que los estudiantes están sumamente a gusto con el trabajo que realizan. Se trata de trabajos creativos, de trabajos que los hace plenamente mejores seres humanos. Dice un estudiante que su trabajo le "gusta y se siente bien porque cada día aprende más de la tecnología y que tiene la oportunidad de interactuar con las personas". Es decir, la creatividad que implica su trabajo le hace sentirse bien. Y bien no es un mero término. Sino símbolo de estar-bien. Se trata de un estado de bondad. Quizá el Marx de los *Manuscritos económicos filosóficos del 44* era en el trabajo que pensaba. Por lo tanto, lo idea sería que la estudian-

te en cuestión fuera capaz de vacar en su trabajo. No obstante tiene que reconocer que por mucho que le guste su trabajo no está a gusto con el salario que recibe y comenta que "lo que le pagan no es lo justo"

Esta joven estudiante no está descubriendo la aspirina. Evidentemente no, sin embargo, ella sospecha que si realiza un trabajo en el que se sienta plenamente bien, lo menos que tendría que ocurrir es recibir una remuneración que le permita un gozo mayor. Es tan importante que el salario se avenga al bien-estar en el trabajo, que esta misma estudiante después de habernos dicho que se siente bien en su trabajo, nos confiesa en seguida que ha buscado otro trabajo y que no lo ha podido encontrar.

Uno se pregunta si encontró, de acuerdo a una de nuestras primeras estudiantes encuestadas, la oportunidad de su vida ¿cómo se explica que ande en busca de un nuevo trabajo? Es sencillo, las urgencias vitales nos atosigan por todas partes y hay que hacerles frente con un buen salario. No importa que el trabajo nos entorpezca, o nos guste menos, pero si se nos paga mejor es preferible al que nos realiza.

La disyuntiva en la que nos encontramos no es la clásica disyuntiva propuesta por E. Fromm entre ser o tener. La disyuntiva es entre ser y vivir. Lo urgente es vivir, como nos lo recuerda Dussel (2007), lo primario es la "voluntad de vivir".

Al precio de no ser. Esto es duro decirlo, pero no se puede negar; respecto a un posible reino de los cielos, hoy nos encontramos en su prehistoria. Para poder ser, tenemos que tener lo mínimo, que parafraseando a Monseñor Romero, es lo máximo para vivir.

Nosotros sabemos mucho de voluntad de vivir. Por eso es tan cierto que a los salvadoreños no les preocupa tanto la situación económica sino la terrible inseguridad. Es que la voluntad de vivir se impone sobre cualquier adversidad. Es una situación que además domestica, domeña a los trabajadores. La situación es difícil.

¿En qué consiste la dificultad? La pregunta seguramente le suena irritante a nuestra encuestada, porque a todas luces es evidente: "lo que cuesta y en esto estriba la dificultad es encontrar un trabajo. Si encontrar un trabajo cuesta, están dadas todas las condiciones para que los trabajadores tengan que aceptar cualquier arbitrariedad y no mostrar su descontento. Un descontento que no sólo se funda en la dureza del trabajo, sino en el hecho de sentir no ser lo suficientemente valorados por el tipo de actividades que se realizan.

Los estudiantes que trabajan saben que a veces realizan actividades muy importantes para la empresa, sin embargo, reciben una remuneración como si se estuviera ejecutando cualquier tipo de actividad, por eso al ser pre-

guntado si estaba a gusto con su salario contestaron que “no, porque a veces cubre puestos delicados”. La “delicadeza” estriba en que se trata de actividades gananciosas para la empresa y sin embargo, dichas ganancias no llegan hasta el empleado que las realizó.

Sin embargo, no puede protestar porque tiene la impresión que en rigor no cuenta para la empresa. Por muy importante que sea la actividad que está realizando ella, como trabajadora, puede ser perfectamente sustituida por cualquier otro trabajador. Esta facilidad en la sustituibilidad, no le deja margen para el descontento.

Esto no significa que no haya descontento, significa que no pueden exteriorizarlo. Observa uno de los estudiantes encuestados: “los empleados tienen miedo a que los quiten de su trabajo, es tan fácil que los suplanten”. Y no nos referimos a un empleado que hace cualquier trabajo sino que nos estamos refiriendo a empleados que llevan a cabo “tareas delicadas”.

Mientras hay estudiantes que valoran su trabajo, no por el trabajo que realizan en sí mismo, sino por las oportunidades que les ofrece dicho trabajo, hay otros estudiantes que dicen que están a gusto con su trabajo porque les permite estudiar. Pero si se reflexiona bien acerca de esta posición, es fácil constatar que muchos de ellos estudian carre-

ras que no piensan desarrollar en el trabajo en el que actualmente están empleados. Ese trabajo es una especie de medio para estudiar y esperan que en el futuro puedan dedicarse a aquello en lo que han sido formados.

Es importante señalar que estos trabajos, en los que supuestamente se les permite estudiar, no son pagados como debieran. Es verdad que pueden estudiar, pero por el favor que se les hace de poder hacerlo, usted va a ganar menos. Por esa razón cuando se les pregunta si están a gusto con el salario que reciben inmediatamente contestan que “no, porque es medio sueldo”.

Hay estudiantes que ni siquiera reflexionan un poquito su respuesta de si podrán conseguir un nuevo trabajo con facilidad. A un alto porcentaje les resulta evidente la dificultad de poder encontrar hoy un trabajo.

Por otra parte, hay algunos que se quejan quizá no del trabajo que realizan, que probablemente no les disgusta, sin embargo ven como un peso difícil de sobrellevar, el entorno que se crea en el trabajo. El malestar con el trabajo no consiste solamente en que es muy mal pagado; en que se realizan actividades que probablemente no contribuye a que seamos mejores personas, sino que el ambiente que se crea en el lugar del trabajo, muchas veces es hostil para el trabajador. Algunos estudiantes confiesan que se sienten “incómodos, in-

conformes y mal comprendidos, por el entorno de trabajo en el que se encuentran". Hay lugares de trabajo en la que el ambiente es un auténtico acoso laboral. Y aquí confluyen tanto el papel que desempeñan los compañeros de trabajo como la función que desempeñan los jefes.

La sensación de ser explotados es otra de las experiencias comunes que se vive entre los estudiantes. Ven una asimetría entre el penoso trabajo que se tiene que realizar y lo que ellos denominan "lo que se percibe". En el caso del estudiante que nos ocupa, está claro que se refiere al bajo salario que recibe por el trabajo que realiza. Hay que acentuar y acentuarlo bien, que los estudiantes realizan unos trabajos que no les permiten poder soñar de que algún día van a poder salir de la situación en la que se encuentran. El salario por los trabajos realizados apenas ajusta "para llevar lo básico del día".

Hay que observar que no sólo no les permite soñar con poder salir de la situación penosa en la que se encuentran, sino que es un trabajo que apenas cubre las necesidades del día en el que se está. Mañana ya tendrá sus propios afanes. Cuando Standing (2013) afirma que en lo que se hace no hay sombra de futuro, es irremediablemente cierto en el caso del estudiante trabajador.

Un aspecto relevante es la sensación de que realizando el trabajo que se ejecuta y con el

salario que trae aparejado muy difícilmente se podría mantener una familia. Aquello tan clásico de los abuelos de entonces, que hasta que el novio tuviera una casa a donde llevar a la novia estaba en condiciones de casarse, se ha vuelto casi imposible. Un alumno confiesa que "si aun estando soltero el salario no logra cubrir las necesidades difícilmente se podrán cubrir una vez casados".

Por eso no es de extrañar que los estudiantes de ahora nunca estén capacitados para dejar la casa de sus padres. Me encontré con un ingeniero de 35 años, y le pregunté que si vivía independiente de su familia, y me contestó que no. Y es verosímil pensar que se deba precisamente a no contar, todavía, con las condiciones para poder independizarse. Es que tienen la impresión de que sus padres a la edad que ellos tienen ya contaban, al menos, con su casa y con algún empleo; mientras que a ellos se les está complicando mucho más.

El trabajo tiene que realizarse a la vieja usanza de los bueyes, aunque no nos guste tenemos que realizarlo en el más absoluto silencio. No es tanto, un silencio parecido a la estupidez como se quejaba Roberto Cañas, sino más bien un silencio parecido a la humillación abrumadora a la que se refería el pastor Mario Vargas. El trabajador se encuentra humillado, abrumado y sin poder decir que lo está por el miedo de ser despedido.

Estamos en una situación “fatal”. Hay situaciones en la vida de los individuos en las que, justamente porque no hay nada que hacer, como que se aligeran o incluso se conspira con los resultados adversos. Quizá sea ese mecanismo de defensa, que tenemos tan incardinados en nuestra propia realidad, que se desencadena cuando las cosas no se pueden evitar; supongo que se debe para que lo inevitable no nos duela tanto, aunque se trata de la misma muerte. Eso es lo que describe el “ni modo”. Cuando les preguntamos ¿por qué no protestamos si estamos tan mal? Y la gente dice “porque ni modo”. Si no hay salidas a qué viene protestar. Si la protesta nos removiera el tremendo obstáculo de vivir una vida con sentido, quizá valdría la pena salir a la calle, gritar, decirle a los corruptos que algún día se les va a terminar la fiesta; pero como muy bien lo dice Dagoberto Gutiérrez, aquí se acaba la fiesta y comienza la fiesta. Pero como las protestas no consiguen ningún resultado y en el caso que lo consigan muchas veces es contra los mismos protestantes, lo mejor es seguir en lo que se está y “ni modo”. El ni modo no es “inautenticidad” ante la vida; puede interpretarse más bien como hay que esperar el momento más oportuno, al menos “ese” en el que las seguridades van a estar medianamente cubiertas.

De todas maneras, como es lugar común de que todo cambio se comienza desde donde uno se encuentra, se tendría que co-

menzar a construir desde el “ni modo” por el que pasa un gran porcentaje de la población.

Se ha creado en torno al trabajo una especie de idilio: los jóvenes orgullosamente proclaman he conseguido mi primer trabajo, estoy devengando mi propio salario, o como lo dice una estudiante “me siento primeramente satisfecha de haber obtenido mi primer trabajo”. Pero se hallan con la penosa situación de que los trabajos que encuentran, incluso gustándoles mucho, no son tan bien remunerados como cabía esperar; el salario, como ellos mismos lo dicen “no se acopla” al trabajo realizado.

Las expectativas de muchísimos jóvenes no se ven satisfechas con los trabajos que encuentran. Desde esta perspectiva tiene razón Standing (2013) cuando comenta que los trabajos que se están ofreciendo a los jóvenes no les ayuda en la ascensión social.

Esas míticas películas norteamericanas en las que de mendigo te convertís en millonario, es algo ilusorio; o en las que de desempleado o frustrado vendedor, te volvéis un exitoso corredor de bolsas, hay que decirlo, se ve cada vez más mitológicas que reales. Aquí los muchachos se tienen que conformar con lo que sale “porque ni modo”.

Hay un dato sobre el que no hemos reflexionado. Nos encontramos en una situación contradictoria. Como vamos a ver cuando

describamos la “precariedad” de los intelectuales de este país: nos encontramos con profesores con 50 años que se siente extremadamente viejos para conseguir un nuevo trabajo, que le permita vivir a gusto, satisfecho y en paz, realizando aquello para lo que ha sido formado y en el que ha ido ganando, tanta pero tanta experiencia. Muy experimentado, muy sabio, muchos títulos podrán tener pero cincuentón, es decir, bueno para nada. En el otro lado, está el muchacho rebosante de juventud, con toda una carrera por delante, brillante, y tampoco encuentra trabajo porque no cuenta con la experiencia debida.

Claro, todo esto nos hace pensar que la situación de precariedad en la que se encuentra la sociedad es querida y orquestada por alguien que se lucra de lo lindo de esta situación.

El dato que tenemos que dejar consignado es que el joven no encuentra un buen trabajo porque no cuenta experiencia para ello. El salario ¿en base a qué se calcula? Por lo visto no es en base a la producción, porque si un muchacho nos dice “estoy contento con mi trabajo porque estoy haciendo no sólo aquello para lo que he sido formado, sino que hago lo que me gusta hacer”, tenemos que suponer que no sólo le gusta, no sólo sabe, sino que hace. Y no quiero con esto entrar en la famosa disquisición aristotélica acerca de la *tekhne* (Aristóteles 2012), es mucho más prosaico, hago lo que sé hacer, lo que me gusta hacer

pero sobre todo, hago. Pero ese hacer no está remunerado.

Otro dato que es importante tomar en cuenta es como la luna de miel con el trabajo, va poco a poco perdiéndose. Todavía no acabo de entender bien qué beneficio tienen las empresas generando tensión entre sus trabajadores. Dice G. Standing (2013) que la situación llegó a tales extremos en Japón, que en los contratos de trabajo había una cláusula en la que el trabajador se comprometía a no suicidarse. La presión y la tensión habían llegado a tal extremo que los trabajadores optaban mejor por quitarse la vida. Aquí todavía no hemos llegado a tales extremos, pero si las cosas siguen como están no tendríamos que extrañarnos que situaciones parecidas comiencen a darse. Por ejemplo, un alumno dice que “cuando comenzó en su trabajo se sentía bien, que le gustaba lo que realizaba, pero que actualmente el trabajo se ha hecho estresante y cansado”.

Que conste que no es por el trabajo que realiza, sino por “el modo en que se les trata”. El trato es el que se ha convertido en carga. Aquello tan bíblico de que con el sudor de la frente vas a ganarte tu sustento, se ha vuelto un chiste en el modo de gestionar las empresas, el sudor de la frente no es expresión de una jornada atenuante, sino de un trato injusto. Eso es lo que tenemos.

El trabajador se siente en la más angustiante soledad. Standing

(2013) dice que carece de identidad y además no tiene conciencia de ser una clase para sí. Es que como están las cosas los trabajadores no forman una clase, son más bien una pluralidad de mónadas, en la mejor versión leibniziana, en cuanto a al aislamiento en el que se encuentran unos de otros. Por qué no protestan, no es sólo porque nadie los va a escuchar sino porque nadie los va a acompañar. El que pretenda defender a sus compañeros puede encontrarse con que los mismos compañeros pueden terminar abandonándolo, con lo que se vuelve más vulnerable frente a la patronal, como les gustaba decir a los obreros de las bananeras en Honduras.

G. Standing (2013) describe la transformación global acentuando la red que existe entre las empresas. Se trata de una red que contribuye no solamente a hacer más efectivo el tránsito de dinero, sino que es una red efectiva para el control de los trabajadores. Esta red no sólo funciona a nivel global, sino que funciona efectivamente a nivel nacional, y en este contexto asume una función política fundamental de control a los trabajadores. El silencio de estos se debe precisamente al miedo de que luego no sólo pierdan el trabajo que actualmente tienen, sino que puedan ser mal informados con todas las demás empresas y luego se les imposibilite conseguir trabajo. Dice uno de los estudiantes entrevistados que los trabajadores no protestan "porque nadie les querría dar

empleo si manifiestan su descontento". La soledad en la que se encuentra el trabajador es abrumadora.

Es significativo que la incertidumbre la viven más intensamente los estudiantes que trabajan para otros, que lo que lo hacen por cuenta propia; aunque la inseguridad les preocupa, se encuentran más a gusto. Aquí el dato importante es que creen que si dejaran el trabajo que tienen, no podrían conseguir fácilmente otro empleo. Se dedican a su propio trabajo y se sienten a gusto, pero también saben que lo hacen justamente porque en el mercado laboral no hay mucha cabida. Este sector sabe perfectamente que encontrarse auto empleado no les va a permitir una vida en abundancia, pero les da un margen de seguridad. Confiesa un estudiante que "es mejor estar seguro con lo poco que se recibe a no recibir nada".

Un hallazgo fundamental es, las bajas expectativas salariales que hay entre los estudiantes que trabajan; cuando se les pregunta si están a gusto son el salario, muchos de ellos contestan que sí, pero en seguida insisten en que no les ajusta "para darse todos los lujos que quisieran". Es decir, si nos preguntamos qué significa aquella "conformidad" con su salario, parece que se funda en que les sirve para ir respondiendo a lo que Aristóteles llamaba las urgencias de la vida. Pueden cubrir sus necesidades básicas de alimentación, de vestido, etc.

Por eso contestan en seguida que están a gusto, es que en una situación difícil con poder responder a las necesidades básicas, ya es casi un milagro; y si se responde el milagro, entonces se ha realizado. Pero se trata de un milagro que no les alcanza, por ejemplo, para el esparcimiento, ir de vez en cuando a cenar fuera de casa en un buen restaurante, comprarse un buen libro, adquirir ese vestido que tanto gusta, etc. Etc. Son estos pequeños lujos a los que se refieren, no están pensando irse de "shopping" el fin de semana a Miami; sus lujos alcanzan para pasarse esparcidamente un buen fin de semana en uno de los centros comerciales que hay en San Salvador.

Qué situación más paradójica en la que nos encontramos. Las empresas no contratan a trabajadores mayores porque no son rentables para la empresa, pero tampoco los jóvenes se sienten beneficiados por esta situación, algunos piensan que la situación en el empleo juvenil es tan complicado porque "no hay trabajo para los jóvenes, debido a que no les dan una oportunidad". Entonces ellos creen que trabajo hay, lo que no hay son oportunidades para ellos. Hay que tener claro que en la situación en la que estamos, no es que no halla trabajo; trabajo, como dicen los muchachos, hay, pero son trabajos que en categorías de la OIT, son trabajos no decentes, muy mal pagados y sin mucha o poca seguridad laboral. ¿Es mera victimización? Quizá no, es probable que confusamente estén cayen-

do en la cuenta que el modo de operar de las empresas está más orientado a crear "una cultura laboral" en la que los jóvenes no estén aspirando a quedarse toda la vida en un trabajo.

Aquí hay una diferencia fundamental entre los jóvenes de los países pobres con los jóvenes de los países ricos, en estos los jóvenes no quieren replicar el modelo de trabajo de sus padres, el famoso fordismo al que se refiere Standing, trabajo seguro y permanente. Mientras que en aquellos, los jóvenes sueñan con un trabajo estable, pero se encuentra con que las empresas no les dan una oportunidad. Aquí, quizá, hay que decir que los jóvenes comparan la situación de desventaja en la que se encuentran ellos en la empresa, con la situación en la que están por ejemplo, los más veteranos.

Hay jóvenes, como ya anotábamos que dicen estar a gusto en su trabajo, porque aprenden cada día, porque pueden aplicar lo que están estudiando en la universidad, porque les permiten poder estudiar. Además, manifiestan, al menos algunos, que las empresas en las que trabajan, las prestaciones que dan son incluso mejores que las exigidas por la ley. Sin embargo, observan que a los jóvenes no se les da una oportunidad. Entonces parece que aquellas prestaciones no son dadas a todos por igual y que incluso no llegan hasta los que están comenzando a realizar una carrera profesional.

Evidentemente una situación como la descrita desincentiva a cualquier joven de querer quedarse por mucho tiempo en dicha empresa. Pero esto lo están comenzando a percibir como estrategia empresarial. Saber a quién dirigir nuestra inconformidad es un privilegio, ¿por qué? Porque asistimos a un momento que dista mucho de sentirse orgulloso de encontrarse en él. Zubiri (2007) en la descripción que hacía de la situación intelectual de su tiempo, afirmaba que a pesar de que el intelectual se siente desorientado, está orgulloso de estar en una situación sólo equiparable a la metafísica griega, al derecho romano y a la religión de Israel. En nuestro caso, los jóvenes sienten que las cosas no van bien, pero no han identificado a quien gritarle que no lo están. Si no consiguen trabajo, a quien se le exige, quien es el responsable de esta situación de desempleo, ¿el gobierno? ¿Las empresas? ¿La comunidad? ¿La propia familia? ¿El mismo joven? A quien le digo que este mundo como decía Galeano está "patas arriba". Estamos en una situación en la que los responsables, hábilmente han desaparecido de la escena. Hay empresas en las que nadie conoce los dueños. Esta situación enfrenta a quienes no tienen por qué enfrentarse: trabajador-capataz, por eso la protesta es infructuosa, y por eso el estudiante casi grita: ¿por qué no protesta? A quién le protesto.

La pregunta por los dueños es fundamental. Pero además, no sólo hay una invisibilidad de los

responsables sino que incluso a un nivel paralelo no son visibles los compañeros. El Marx de los Manuscritos económicos filosóficos del 44, sigue siendo esclarecedor. En la empresa los compañeros de trabajo se desconocen íntimamente, es decir, desconocen el interés principal que los une, trabajan en el mismo lugar, comen en la misma cafetería, salen del trabajo a la misma hora, y lo mismo de cansados, pero no es suficiente para conocerse, ante esta situación se entiende que los estudiantes digan protestar ¿Quién le presta atención? Sus compañeros. No cada quien va a lo suyo, nadie escucha, nadie está interesado en escuchar. Cualquier disconformidad se pierde en el desierto. La frustración es galopante. Por eso concluyen con la pregunta ¿a quién le importa mi opinión?

Es una queja, y esa queja es el punto de encuentro entre todos aquellos que estamos en la misma situación. Esa queja es similar a la de un anciano de 72 años, que se gana la vida lustrando zapatos, cuando me dijo ante mis preguntas ¿para qué le cuento mi vida, si usted no va a poder ayudarme? Fue un modo sabio de decirme usted está igual que yo, de usted no puedo esperar nada que pueda aliviarme esta situación. Es una queja similar a la del estudiante encuestado, es esa tremenda sensación de encontrarse sólo, terriblemente solo.

Claro, el gran reto, y que esperamos que no sea una cuestión solamente bonita, una cuestión

meramente retórica, está en capacitarse, nosotros mismos, o que la historia nos capacite (Zubiri 1974) para construir poder, como dice D. Cheyne, desde la situación de fragilidad en la que nos encontramos, o construir, los famosos micro poderes, a los que se refiere Foucault. A todo esto hay que sumar la sensación que tienen los jóvenes estudiantes, de no contar nunca con la experiencia que se les está exigiendo. No es que no tengan experiencia, lo que ocurre es que sienten que nunca tienen suficiente. Los estudiantes son los típicos becarios que describe Standing (2013). Si esto es así, las empresas pueden perfectamente mantenerlos en trabajos mal pagados y temporales, porque no cubren la cuota "empírica".

¿En qué momento estás muy viejo, para ya no encontrar un buen trabajo? Como lo vamos a exponer más adelante, uno de los colegas entrevistados perdería toda esperanza de poder emplearse, si supiera que estudiantes 10 años menos que él ya se sienten con muy pocas posibilidades de conseguir un empleo, por la edad que tiene, es decir, tiene 42 años, y cree que a esa edad tiene que conformarse con lo que sale porque las posibilidades se le van cerrando.

¿Qué está en juego en, por un lado, estar demasiado joven y, por otro, estar muy pronto, viejo? Hay que decirlo, la flexibilidad laboral. Pensamos que se nos ha hecho creer que es una imposibilidad ontológica conseguir un

trabajo mejor que el que ahora tenemos. El bombardeo en la empresa es constante y va haciendo mella en la psicología de los trabajadores. Esto explica por una parte, que los trabajadores echen retoños en los trabajos que consiguen, y que los vemos después de quince o veinte años y da la impresión que los años no han pasado por ellos, en el sentido en que se encuentran en el mismo lugar, se parecen en esto a la rata que corre en su carrete que cree ir a toda velocidad pero que no pasa del mismo lugar (Kiyosaki 2013); y esto no sólo respecto a sus salarios que no aumentan nunca o casi nunca, sino en lo que podemos llamar crecimiento cultural: da la impresión que siguen considerando el mundo del mismo modo que hace quince o veinte años, son trabajadores que no avanzan en ningún sentido y es que como observa un estudiante "creen que no van a poder encontrar algo mejor".

Aquí el énfasis que queremos acentuar es la función ideológica de los que gestionan la empresa: cuiden su trabajo porque no hay trabajos, este trabajo es el mejor trabajo posible³; los trabajadores lo terminan creyendo de

3 Un santo cura en uno de sus tantos sermones que nos dejaba ir en las reuniones institucionales que tenía la universidad en la que era Secretario General, nos instaba a observar las reglas laborales y a continuación iba la consabida amenaza: de la posibilidad de perder el trabajo, y él solidariamente, cristianamente nos podía en alerta de lo difícil que es conseguir un nuevo empleo. Sólo le faltaba decirnos, siéntanse agradecidos con esta Universidad que tiene a bien ofrecertes un trabajo, cuídenlo.

tal modo que creen que han encontrado la perla de la que habla el evangelio. Por este estado de cosas, tenemos la pasividad que tenemos, que pueden darse todas las arbitrariedades habidas y por haber y los trabajadores no dicen ni "pío".

Las posibilidades que nos ofrece la realidad y entre las que inexorablemente tenemos que optar no es entre algo y algo mejor. Zubiri (1974) pensaba que la historia va capacitando a los seres humanos de tal modo que al apropiarse de una posibilidad esta lo capacitaba para poder enfrentarse con posibilidades futuras o con posibilidades nuevas creadas por las posibilidades apropiadas con anterioridad. Sin embargo, el estudiante que trabaja no se enfrenta a esa situación, sino que con las alternativas con las que tiene que enfrentarse es, como lo comenta un estudiante al ser consultado acerca de su salario "no estoy a gusto con mi salario, pero es mejor algo a nada". El algo lo mantiene patinando en el mismo lugar, el nada, lo sumiría en la invisibilidad.

Algunos estudiantes más bien consideran que los trabajos son un entrenamiento de "acomodos", entendiendo por acomodados no manifestar la inconformidad con los maltratos en el trabajo, están tan convencidos que de lo que se trata es de acomodarse, y es ese convencimiento el que, creen, que le puede abrir la posibilidad de un nuevo trabajo, por ejemplo un estudiante al preguntársele si podía conseguir fácilmente

un nuevo trabajo contestaba: "si me he acomodado al que tengo ... fácilmente encajaría en otro lugar".

Tiene, por lo tanto, la impresión que lo único que se espera del trabajador es que diga sí a todo, y que dé de sí todo lo que se le está exigiendo. Porque nos conformamos con los salarios que devengamos, no sólo porque no vamos a encontrar otro trabajo, tampoco se debe a que nos hemos ideologizado con la ideologización de los que gestionan la empresa de que hemos encontrado el tesoro perdido, sino de la convicción de que "no es malo, del todo". Es decir, hay salarios peores. La perspectiva no está en que puede haber salarios mejores, sino en que justamente hay salarios peores.

Desde esta perspectiva, el trabajador que gana un poco más que otro trabajador puede darse el lujo de experimentar que se encuentra en un nivel superior que su compañero, y por eso tener la impresión de que no está tan mal, las cosas para otros están peor.

Es de todos conocidos que una de las exigencias que se les hacen a las universidades es su vinculación con la empresa, es decir, se espera que los estudiantes adquirieran aquellas competencias que les requerirá la futura empresa que los contrate. En este sentido, ha sido común la queja de las empresas o que las universidades no les están formando la

mano de obra que necesitan, o que si las "forman" no tienen las competencias esperadas para que pueda realizar con efectividad y eficacia su trabajo. Es precisamente lo que los mismos jóvenes experimentan cuando tienen que encarar el campo de su formación. Encuentran que el campesino que ha dedicado toda su vida a la agricultura, conoce mejor el terreno que el ingeniero forestal o que el ingeniero agrónomo que se graduó en una prestigiosa universidad, o el caso en que se encuentran frecuentemente los ingenieros electricistas cuando se enfrentan con electricistas de toda su vida que se desenvuelven con maestría entre los cables de alta tensión, mientras que el ingeniero muchas veces no sabe a qué atenerse. Es decir, pareciera que la vida forma mejor a las personas que la misma universidad. Sin embargo, paradójicamente, el estudiante sólo se encuentra seguro, o al menos confía que puede conseguir un trabajo más fácilmente si cuenta con un título universitario. Es algo parecido a lo que describe Standing (2013) cuando dice que los jóvenes más propensos a la precariedad son aquellos que no cuentan con una titulación, mientras que aquellos que cuentan con un título pueden conseguir un trabajo con carácter permanente. En español existen mil maneras para decir que hay que poner un freno a las expectativas desproporcionadas. Esa línea tan norteamericana de que hay que soñar y luchar por conseguir sus sueños, e incluso la misma idea de individuo que se gesta en el pensamiento económico liberal

(Mises 2010): lo que da cuenta del individuo es esa capacidad enorme de asumir riesgos de acuerdo a las metas trazadas, ha ido progresivamente minándose, producto quizá de los reveses de la vida y de las múltiples frustraciones los jóvenes no se arriesgan mucho a soñar, a esperar situaciones mejores que las que se encuentran.

Hay estudiantes que cuando se les pregunta ¿cómo se siente en su trabajo?, no dudan en contestar que están bien, y luego agregan "en lo que cabe". Ese "en lo que cabe" es la expresión más acabada de la prudencia en la que los ha ido capacitando la historia, para no proponerse metas que puedan terminar rebasándolos.

El joven estudiante de hoy comienza a vivir la enorme inseguridad que significa el futuro, desde muy pronto. Quizá en otras latitudes, el temor acerca del futuro comienza a acentuarse entre hombres y mujeres que rosan o pasan de los cincuenta, como vamos a tener ocasión de exponer, en cambio en nuestro contexto jóvenes de 20 años se hacen cuestión, con seriedad, las posibles vicisitudes que puede traer aparejado el futuro. Estos jóvenes, no terminan de vivir plenamente su juventud porque están más preocupados por lo que vendrá que por lo que son actualmente. En este sentido dicen que "les gustaría poder tener un mejor salario, para poder establecerse en su futuro", aunque se encuentran con un situación tan "fregada"

que tienen que aceptar el trabajo “valga lo que valga”.

Es decir, están comenzando paulatinamente a ser conscientes que en este contexto el trabajo ha ido poco a poco perdiendo su valor. Aquello tan marxista que quien produce riqueza es el trabajador⁴, ha ido cediendo al desmoronamiento del valor del trabajo, estamos como dice Standing (2013) en un contexto en el que se ha desenchufado el trabajo del capital.

Algo que no debe pasar desapercibido y que aparece como leitmotiv en casi todos aquellos que se encuentran a gusto con el trabajo que están realizando, es que dicha satisfacción se funda en el hecho de que están “adquiriendo experiencia”. No es el trabajo que realizan lo que les genera esa sensación de bienestar sino la supuesta experiencia que están teniendo, y si se pregunta ¿por qué se sienten tan a gusto adquiriendo la tal experiencia?, habría que contestar que no es para quedarse en el trabajo que actualmente realizan, sino para poder conseguir un trabajo, no sólo en el que están siendo formados sino un poco mejor remunerados. Pero para que eso ocurra, las empresas les están pidiendo que cuenten con experiencia. Es probable que en el “mientras tanto”, las condiciones de trabajo, los salarios, las presta-

4 Sigue siendo cierto que el trabajador produce capital. Sin embargo, una economía basada en la especulación fuerza, necesariamente a reconsiderar aquella verdad tan básica de la tradición marxista.

ciones, tengan que esperar porque, rigurosamente hablando, la empresa se ha convertido en una prolongación de su formación y les está proporcionando nada menos que la baza para poder colocarse bien, es decir, experiencia. Por eso no ven contradicción entre decir que están satisfechos aunque luego tengan que reconocer con que no cuentan ni con ISSS y ni con AFP.

Para concluir esta descripción que hemos hecho de la precariedad de la juventud que trabaja y estudia no puede faltar esa impresión de desencanto en la que hacen su vida una pluralidad enorme de jóvenes. La mayoría de los muchachos entrevistados sienten que tener un trabajo es una enorme oportunidad porque les puede abrir las puertas a trabajos mejores, como lo dijimos más arriba la “felicidad” es en vistas de que puedan conseguir un mejor trabajo; pero hay que decir que de esta postura al desencanto hay muy poco trecho, de esta postura a la indiferencia no hay mucho que recorrer, por eso se explica que haya muchachos que al ser preguntados acerca de cómo se sienten afirman que su trabajo les es indiferente e incluso que crean que no se trata de un gran trabajo; esta sensación de indiferencia está íntimamente vinculada a la sensación de que hoy haga lo que se haga no hay mucho que esperar, por eso no le encuentran sentido a que se proteste, porque piensan que “las protestas hoy ya no funcionan”, es decir, las protestas pudieron funcionar en otros tiempos, pero

hoy ya no. Los jóvenes en su inmensa mayoría están viviendo en una situación en la que todo se desmorona, en la que las instituciones entran en crisis, en la que los grandes relatos (Lyotard 2006) ya no les dicen nada. Es una si-

tuación muy similar a la descrita por Gramsci, lo viejo se desmorona, pero lo nuevo no acaba de aparecer. Y hay que decir, que no acaba de aparecer y no contamos con los recursos para contribuir con su "aparición".

Precariedad e Intelectualidad

Todos aquellos que se han dedicado a una vida intelectual, saben de primera mano, que el hecho de que les guste aquello a lo que se dedican no significa, necesariamente, que se les facilite su labor; esto lo saben con mucha precisión los que gastan su vida, por ejemplo, a la literatura, y al periodismo, pueden pasarse muy buenos ratos estrujando páginas de papel porque no terminan de tener una idea precisa de aquello sobre lo que quieren escribir; esto también ocurre en la filosofía, cuando Platón profirió aquel lamento de haber quedado desfallecido escudriñando la realidad, no simplemente hacía referencia a lo penosa que es la vida intelectual, sino que sobre todo, se refería a lo difícil que es poder llegar a la contemplación de las ideas, es decir, de tenerlas claras en su razón, Platón probablemente diría a verlas claras con el nos. Es decir, pensar, escribir, dedicar la vida a una labor intelectual no es fácil. En esta apartado vamos a dialogar con dos intelectuales salvadoreños, vamos a comenzar con el profesor Waldemar Urquiza y vamos a concluir con Jacinta Escudos. Es verdad que sólo son dos, pero lo penoso es que sus vidas pueden reproducirse en todos aquellos

que se dedican a una vida intelectual.

Por lo tanto, eso hace mucho más admirable que un salvadoreño cosmopolita como Waldemar Urquiza haya dedicado prácticamente la mitad de su vida a esta penosa labor, escribiendo textos, de filosofía, de ética, de sociología, de política e incluso se haya dedicado a escribir novelas. Desde esta perspectiva, dialogar con el profesor Urquiza, nos va a poner en la pista no sólo de las ventajas sino de los profundos sinsabores que acarrea dedicarse a una vida intelectual, sobre todo en la angostura de un país pobre y subdesarrollado como es El Salvador.

En otras latitudes los escritores renuncian a su trabajo permanente, estable, seguro, como queramos llamarlo, solamente en el momento en que es exitoso dedicarse a la vida de escritor. Escribieron un buen libro y de repente se dan cuenta que se ha convertido en un bestseller y que es un buen negocio dedicarse por entero a esa actividad. Entonces ven que el trabajo despotencia la vida del intelectual, no porque no haya una corres-

pondencia, es decir, no porque no haya una vinculación entre lo que se hace y lo que se piensa y escribe, sino porque es un freno; dedicarse a escribir explota los límites de un trabajo formal. Me estoy refiriendo a casos muy concretos: un psicoterapeuta se dedica precisamente aquello sobre lo que investiga, piensa y escribe. No hay una contradicción entre su empleo y su gusto por escribir, pero en algunos casos ocurre, que aquello sobre lo que escribe es tan exitoso que tiene que dejar su empleo para dedicarse a tiempo completo a la labor de escribir. Escribir en estos casos se torna profesión, los escritores se aíslan y escriben, por ejemplo, una novela.

En cambio en el caso del profesor Urquiza, se vio forzado a dejar su trabajo académico, no porque sus libros hayan sido éxitos editoriales, sino porque le impedía poder dedicarse a la investigación. Dedicarse a lo que según él es su mayor satisfacción, a saber, pensar, conocer la realidad y plasmarla por escrito. Los libros de este autor aspiran a ser la plasmación de la realidad, del mismo modo que un pintor en sus cuadros plasman sus ideas, el profesor Urquiza atribuye igual cometido a sus libros.

Indudablemente esa labor tiene una importancia inmensa para la sociedad, esto nunca puede ponerse en duda, sin embargo, algo trágico pasa en esta sociedad: dedicarse a una vida intelectual es condenarse a una vida llena de inseguridades, W.

Urquiza, lo dice con toda la sencillez del mundo: “en este país dedicarse a escribir es condenarse a morir de hambre”. ¿Por qué? Porque asistimos a un contexto en el que el rigor y la exigencia están ocupando los últimos lugares. A las grandes transnacionales y grandes corporaciones no les importa mucho la calidad, sino la producción en cantidades industriales. Es escandaloso el dato que proporciona Standing (2013) de las empresas chinas incrustadas en una población italiana. Este pensador inglés dice que la producción diaria de estas empresas, podrían vestir a toda la población italiana durante veinte años. Pero claro si los italianos esperan hasta 20 años para comprarse una nueva prenda de vestir, toda la producción del día siguiente no se vendería, por eso, elaboran productos desechables susceptibles de ser utilizados por un período de tiempo cortísimo, son productos baratos y de mala calidad.

Este modo de proceder permea la conducta de toda la sociedad, nadie está preocupado por la seriedad, por el rigor académico. Desde esta perspectiva se entiende perfectamente porque no están urgidos de doctores, de profesionales de alto nivel, es que no los necesitan, para producir lo que producen requieren de mano de obra barata. Entonces está claro cuál es el lugar que ocupan los intelectuales en el actual orden de cosas. Hace más de cincuenta años, Zubiri (2007), decía que el intelectual se sentía incómodo consigo mismo

porque estaba harto de saberes. Hoy el intelectual, está harto pero de ser ignorado, de ser, como lo dice repetidamente Dagoberto Gutiérrez, de ser humillado, de no figurar como importante, en una situación como Ellacuría decía, que está necesitando de Filosofía. Es decir, que está necesitando de pensadores que así como el profesor Urquiza se dediquen a pensar la realidad. El intelectual no vive, sino que subsiste, es decir, está por debajo, es otro modo de decir que la existencia del intelectual es asfixiante, estar por debajo es estar ahogándose, pero ni más ni menos es el locus que ocupa el intelectual de hoy. Hay que decir para ser honesto con esta descripción de la vida del intelectual, es que tampoco la población vive una vida intelectual, y este es un rasgo, no sólo de nuestras latitudes, sino que es un fenómeno global.

El traductor del segundo libro de Standing, Precarizado, una carta de derechos, se quejaba justamente de esto mismo. En España no es que se van abarrotar las librerías queriendo comprar dicho libro. Entre nosotros es similar o peor, la población no está interesada en comprar libros. Luego por ningún lado se ve favorecido el oficio de escritor. Por eso no es de extrañar, dice el profesor Urquiza, que en este país poca gente se dedique a la vida intelectual.

Y él ve primariamente la responsabilidad directa que juegan las universidades para que esto pueda ocurrir. La universidad se

ha convertido en un recinto no para pensar, sino para realizar mil y una cosa. Hay que estar disponible para las múltiples reuniones a las que convocan, muchas veces en las que tratan temas que bien pudieron ser explicados mediante un memorando, vigilando que los colegas estén en su salón de clases aprovechando su tiempo de clase, revisando exámenes mensualmente a grupos numerosos, cerciorándose si los alumnos están solventes etc. etc. con este ritmo es imposible que alguien pueda dedicarse a una vida intelectual.

Cuando Standing denuncia que estamos en un contexto en el que se ha mercantilizado la educación, las víctimas no sólo son los alumnos que tienen que pagar más por unos títulos que valen cada vez menos, sino que el cuerpo de profesores son afectados del modo anteriormente descrito. ¿Por qué ocurren así las cosas? muchas veces porque los jefes o son los dueños de la institución o son amigos de confianza de los dueños de la institución y en lo único en lo que están interesados es cómo hacer para que su empresa, que en este caso es la universidad en la que labora el intelectual, sea cada vez más rentable.

Lo anterior, que ya es grave, se agudiza cuando la universidad procede en este ámbito de la investigación de modo parecido a las grandes empresas. Una de las cosas por las que se ha criticado a las empresas con respecto al medio ambiente es lo siguiente:

las empresas están preocupadas por una rentabilidad a corto plazo, por eso los diseñadores de los planes estratégicos de las empresas se ingenian planes anuales, que significa un modo clarísimo de no tomar en cuenta el impacto que pueda tener su actividad con el medio ambiente. Eso está ocurriendo por ejemplo, con la carrera desenfrenada en la que estamos hoy inmersos con la urbanización, se deteriora el medio ambiente, se espera que las casas se vendan lo más rápido posible, y continúan construyendo caras residenciales.

Algo similar ocurre con las universidades, estas responden a las exigencias anuales del ministerio de educación que les exige una serie de ejes por los que tiene que transitar, entonces las universidades entienden que es sobre eso que se tiene que investigar y a la velocidad de la luz, exigen resultados anuales, con lo que no hay tiempo para una reflexión reposada de todos aquellos hallazgos con los que el investigador se va encontrando. Eso que confiesa el presentador del libro de Standing (2014), el Precariado, una carta de derechos, de que este libro es el fruto de quince años de investigación, con lo que se quiere acentuar no la vagancia del investigador sino lo reposado de su reflexión, aquí es imposible, porque los tiempos del investigador no son los tiempos de la universidad.

Pero el asunto no sólo tiene que ver con los tiempos, sino con las temáticas. Las investigaciones pu-

ras no están permitidas, hay que hacer investigación aplicada, que es lo que denuncia el profesor Urquiza, cuando afirma que "los temas no son de interés científico, sino de interés comercial".

Una cuestión que hay que preguntarse es si los personeros del ministerio de educación están capacitados para enjuiciar con criterios científicos las investigaciones que se producen en las universidades y nosotros nos sospechamos que probablemente no. Si la supervisión se agota en el cotejamiento con lo que se ha popularizado como rúbrica, existe la posibilidad real que no se enteren del contenido de las investigaciones, sino en que se conformen con la rúbrica; pero esto es dramático porque las universidades pueden cumplir las exigencias del ministerio, e incluso venderse a clientes potenciales como universidad que investiga, y sin embargo no hacer investigación de calidad.

De todo esto se llega a una conclusión dramática, no se puede combinar la docencia, entendida como administrar una clase, con la investigación. Ellacuría decía que no todo profesor tiene que ser investigador, es que el profesor que se ocupa de administrar, difícilmente tiene tiempo para pensar⁵.

5 El problema es que no termine de entender a aquellos que sí se dedican a pensar. Y pretender que investigar, tenga que ver con administrar. Así como los que administran piensan poco, del mismo modo los que piensan administran poco. Este problema se solucionaría si se respetan las esferas de competencia, sin

A esto hay que agregarle el modo como trata la empresa al investigador, de hecho alguien que se dedique a la investigación aparece en los gastos de la empresa, por esa razón cuenta con muy pocos recursos para llevar a cabo dignamente su trabajo, W. Urquiza denuncia que hay instituciones de enseñanza superior que no provee al investigador ni de lo mínimo como podría ser la gasolina que puede gastarse en sus visitas a un centro de investigación.

A la larga el investigador termina financiando su investigación. Esto último se agrava aún más por el hecho de que el investigador es uno de los empleados que está peor pagado en la universidad. Ante esta situación el investigador tiene forzosamente que buscar el modo de cómo completar el salario, literalmente, de hambre que recibe en las universidades para las que trabaja con lo que desperdicia un tiempo precioso que pudiera dedicar a la investigación; aquí, en San Salvador, por ejemplo, desplazarse de un lugar a otro, aun en su propio vehículo significa al menos perder una hora. Pero muchas veces no queda de otra, cuando la institución para la que se trabaja no le paga lo que el investigador necesita para vivir con dignidad y dedicarse por entero a la investigación.

Por todo esto asume el profesor Urquiza que su caso no va a ser diferente al de la mayoría de

.....
pretender por ello, sumir al investigador en la inseguridad y precariedad.

hombres y mujeres que se han dedicado a la investigación: seguramente le espera una vida de estrecheces y dificultades, como le ha ocurrido a la mayoría de intelectuales que se ha dedicado a pensar, y la historia nos ofrece este caso en bandejas de plata. Moliere, Dostoyevski, el mismo Kant, Marx, Einstein, sobre en tiempo de la Alemania nazi, antes de salir expulsado para Estados Unidos, y más cercano a nosotros el mismo Zubiri, que si no hubiera contado con un grupo de amigos muy influyentes que se preocuparon por su filosofía, probablemente hubiera tenido que pasar por muchos más aprietos de los que pasó.

Por eso el precio que se tiene que pagar para llevar una vida intelectual es muy alto, el profesor Urquiza observa que no estar casado le permite poder dedicarse a tiempo completo a su labor de pensador, a esto hay que sumarle su renuncia a ser padre. Desde esta perspectiva dedicarse a la labor del pensamiento, en muchos pensadores, implica tener que renunciar a una familia; y hay que decirlo no sólo es una decisión que se explica por el espacio que busca el pensador, es que aquí, si le cuesta vivir dignamente al que piensa, no digamos lo que le puede pasar a aquellos que están bajo su protección. Esto no significa que W. Urquiza no viva profundas satisfacciones que provienen justamente de su convicción de estar dejando a la humanidad una rica herencia. Y ese optimismo es aquello que le permite sobrellevar una vida de

estrecheces y penurias, ese optimismo es el que le ahuyenta los temores, está enraizado en su labor de escritor y de ese enraizamiento proviene su indeclinable seguridad.

Todo mundo sueña con hacer del modo como piensa, su estilo de vida. Con eso soñaba Aristóteles cuando les proponía a los griegos la filosofía como BIOS theoreticos, una vida dedicada por entero a la inspección, al examen noético de las cosas. En eso mismo pensaba Ellacuría cuando recordaba que lo difícil en los asuntos filosóficos, no es dedicarse a ellos como si vamos de vacaciones, sino que lo realmente difícil es llevar una vida filosófica; hacer de la filosofía, como lo diría su maestro Zubiri, una habitud.

El filósofo sueña con vivir filosóficamente, pero eso mismo podemos decir de los físicos, y aquí el ejemplo paradigmático es Hawking. Este físico ha estado los últimos cuarenta años atado a una silla de rueda, completamente inmovilizado, pero eso no le ha impedido a dedicarse a una fructuosa carrera física, podemos decir que ha vivido una vida para la física. Con esto mismo sueñan matemáticos y por supuesto los literatos.

Y hablando de literatura, el caso de Jacinta Escudos es paradigmático para el caso que aquí investigamos. Me imagino que si J. Escudos tuviera una vida asegurada gozaría diciéndonos a todos lo hermoso que es vacar

en la soledad o en la tremenda melancolía de una vida dedicada a hacer una fenomenología del sin sentido de la vida, o de la desgracia de la misma. Ella estaría plenamente satisfecha describiendo lo insondable de su dolor; se deleitaría reflexionando o haciendo suyos los versos de Guerra Trigueros "esta noche/el mundo es grande. /El mundo es grande, y yo estoy solo"; o metabolizar a José Revueltas cuando desgarradamente escribía: "Estoy escribiendo y esa es mi manera de llorar... Yo sólo he querido dar gritos, gritar hasta quedar sordo, porque no quiero oír nada más, ni el viento ni la muerte".

El escritor y, Jacinta Escudos reivindica este oficio, no está divorciado con lo que hace; lo ama y goza como ella dice con "algo que uno hace como con mucha intimidad, mucho pudor, mucha privacidad". Ella se gozaría contándonos sobre su viaje en "El último tren a Auschwitz", sobre todo si le hacemos caso a su afirmación de que "la depre no es estar triste, llorando, sino que también (es) aletargarse y dejarse ir por la vida... un día te vas a despertar y no vas a saber cómo llegaste ahí. Y... como no sabes como llegaste, no sabéis como salir".

Esa incertidumbre inherente al oficio de escritor no sólo no la aterra, sino que la eleva a condición de vida, a "estado" de vida. Esa incertidumbre es el lugar natural del escritor, y por eso le ocurre lo mismo a sus personajes: no sabe en qué va a terminar todo. Es una situación que potencia la

actividad de pensar escribiendo y quien la tiene, está mejor capacitado para poder escribir.

El escritor no tiene ningún problema con esta perplejidad es más bien su intrínseca cualidad. Entonces ¿dónde está la dificultad?, ¿qué es lo que impide al escritor una vida plena como escritor? Dice J. Escudos que "estamos en una época en la que se demanda mucho, que nos exige muchos resultados, de logros concretos y numéricos, medibles. Pero lograr esas metas y esos números implica un sacrificio emocional, que muchas veces son mutilaciones personales anímicas".

Ella está procurando encontrar una causa a la melancolía en la que se encuentra la gente, pero como a nosotros lo que nos interesa es nuestra propia escritora, tenemos que decir que la melancolía que ella misma padece no puede decirla tan a gusto como le gustaría, sino que se ve atenazada por ese contexto en la que no le dejan pensar con suficiente paz y con el tiempo que requieren estas cosas del espíritu. Asistimos a una época de desencuentros, sobre todo entre la actividad del pensador y lo que está esperando la sociedad de la que forma parte.

Toda esta situación se agrava por el hecho de que el escritor tiene que realizar mil y una actividades para poder sobrevivir. Al escritor le pasa lo mismo que a uno de los personajes de "El asesino melancólico", Blake Sorrow, que

para vivir ha tenido que limpiar mercados y oficinas, hacerla de contador, de fabricante de chocolates, de contestador de teléfonos, de aprendiz de mecánico, taxista, chofer y cuidador de parqueo. Es decir, este pobre hombre tiene que hacer de todo. Es lo mismo que denuncia Standing (2014) cuando afirma que "el Precariado espera aprender y re-aprender innumerables trucos y desarrollar habilidades sociales, emocionales y comunicacionales".

Es decir, tiene que hacer mil cosas como el personaje de nuestra escritora. Pero evidentemente una sociedad en la que le exige al trabajador ser mil usos no concuerda con la finalidad primaria del escritor. Pero la tragedia de las tragedias es la que J. Escudos expresa con toda claridad, cuando afirma que lo más difícil del oficio de escritor es "vivir en un estado permanente de angustia económica. Porque yo he priorizado, sobre todo, mi tiempo de escritura ... Aunque esto implique no tener casa o no saber cuánto voy a sacar este mes de mis gastos y limitarme mucho... aunque no me gusta esta incertidumbre permanente, que, además se agrava a medida que veo el futuro y no tengo pensión, no tengo posibilidad alguna de retiro. Ni tengo seguro".

Esta situación se agudiza porque no se ve una salida al dedicarse a lo que más le gusta, con lo que más se realiza, con lo que dotaría de sentido su vida. Porque como ella misma dice: "en este libro yo he invertido dos años

de mi vida. Su yo vendo la edición completa... viviría espartanamente quizá cuatro meses. Espartanamente, comiendo arroz y frijoles. Así de grave. Y esto va a empeorar... las editoriales han reducido el presupuesto de traducción de obras también. Todo el sector busca como reacomodar y recortar gastos por donde se pueda”.

Lo significativo de todo esto es que nuestra escritora ha hecho y se ha ido “conformando”, en el sentido de ir adquiriendo una forma, a la tremenda inseguridad de no tener nada asegurado.

J. Escudos, lo mismo que W. Urquiza, son los ejemplos más elocuentes de una vida precaria.

Precariedad y arte urbano

Todo aprendizaje requiere tiempo, mucho tiempo, en el caso de lo que aquí vamos a denominar arte urbano, no es la excepción. Los jóvenes que se dedican a estas actividades saben que se dedican a algo que requiere de un largo aprendizaje; pero en el caso que nos ocupa, ese aprendizaje tiene que ser tan efectivo que pueda ejecutarse a la perfección, en el minuto que el semáforo se tarda de cambiar de un color a otro. Por eso es típico ver a los muchachos practicando sus habilidades mientras esperan por su turno. Por esta razón lo primero que resienten estos actores es que su esfuerzo no sea valorado, evidentemente cuando se quejan de no sentirse valorados hay que entenderlo literalmente, es decir, muchos, una gran mayoría de los conductores no colaboran con ellos.

En este sentido, están en el mismo plano que muchísimos trabajadores que experimentan que su trabajo carece de valor. Uno de los aspectos que Standing (2013) denuncia, es precisamente que

estemos en una situación en el que se ha desenganchando el capital del trabajo y en el caso de los artistas urbanos sabemos lo que eso significa. Lo dramático de este asunto es que en este caso no hay un patrón, no hay un jefe que no valora, sino que es una parte significativa de la sociedad la que no está valorando el esfuerzo de otra parte importante de esta misma sociedad; lo que nos hace pensar que aquel “desengancha miento” está permeando la sociedad en su conjunto.

Es decir, estamos llegando a unos niveles que nada vale. De esta falta absoluta de valor al desencantamiento, sólo hay un paso y digamos que muy pequeño. Cuando un artista urbano aprende a realizar sus malabares le pasa un poquito lo que le pasa a todos los artistas: se sienten orgullosos de lo que han aprendido, por eso están tan deseosos del aplauso, del reconocimiento, etc. pero es una experiencia dura que después de mucha práctica, después de mucho entrena-

miento, experimenten que a los espectadores les parezca poco, uno de ellos por eso se queja afirmando: "Imagínate cuando aprendí a tirar y sostener las tres pelotas en el aire yo me sentía increíble y cuando se lo mostré a un pequeño público por primera vez fue como : ah! ¿Y sólo eso puedes hacer?"

Están plenamente conscientes de lo poco valorado que está su trabajo en esta sociedad, "hay mucha gente, dicen, que ni nos escucha y ni nos ve y a nosotros nos cuesta mucho poder aprenderlo". Siempre el acento está en la conciencia que tienen de que se dedican a algo que no todos pueden realizar. Evidentemente ellos quisieran emitir un juicio sobre su trabajo diverso al que emitió Wilde (1993) del suyo: "All art is quite useless". Quisieran que al menos se valorara el esfuerzo que ello implica. Del mismo modo que cualquier otro profesional puede gloriarse de lo que mejor sabe hacer, ellos se glorían de lo que hacen. Afirman con contundencia: "ser payaso es lo que mejor sé hacer, siempre me he dedicado a esto". Y continúa "hay gente que se ríe con uno y eso es bueno, para eso nací".

Estos artistas hacen, de acuerdo a nuestro entrevistado, lo que son. Sin embargo, se trata de muchachos que ven en el arte una necesidad vital, es decir, esperan vivir de lo que les gusta. No obstante esto se complica cuando hay otros seres humanos que dependen de ellos. La dificultad estriba no en que hayan seres que

dependan de ellos, sino en que lo que hacen y que tanto les gusta, no es suficiente para llevar dinero a la casa, por eso uno de ellos afirma: "desde pequeño uso nariz roja, pintura, zapatos grandes, esto es mi manera de vivir; antes pensaba hacerlo toda la vida, pero ahora que tengo familia no es lo mismo, ya no me alcanza el dinero".

En todos los tiempos dedicarse a un estilo determinado de vida ha requerido tener cubierto aquello que Aristóteles llamó las urgencias de la vida. Lo complicado de nuestro contexto es que nuestros artistas quisieran dedicarse a su estilo de vida y que fuera su estilo de vida el medio para responder a los negocios de la vida; sin embargo, aquí ese milagro no es posible, si te dedicas a lo que te gusta se corre el riesgo de morirte de hambre. Hay que decir que como se trata de una actividad a tiempo completo, no habrá manera de que puedan dedicarse a alguna otra, que pueda suplir los negocios de la vida. Por ejemplo, uno de nuestros entrevistados hace malabares con machetes y cuenta que durante la mañana se dedica a perfeccionar su arte y por la tarde sale a trabajar, él piensa que se dedica a medio tiempo, porque aparece por los semáforos sólo por la tarde, pero como ya dijimos por la mañana está practicando sus habilidades, luego lo que hace le consume todo su tiempo, desde esta perspectiva, el modo como puede salir adelante, piensa que es incluyendo otras habilidades a las que ya hace, por eso cuando

se le pregunta ¿te ajustan tus ingresos para vivir? contestan que no, pero por eso están incluyendo en su presentación de maquetas, malabares con bolas de fuego, todo apunta a querer ser retribuido por las habilidades que tiene.

Hay una especie de contradicción: la gente que se dedica al arte de los malabares se sienten orgullosos de hacer lo que hacen, de tal modo que confiesan sin ningún temor, que van a dedicarse a ese oficio toda su vida. Sin embargo, se dan cuenta plena que todavía la gente no ha aprendido a valorar su espectáculo; son completamente conscientes de que si los motoristas conducen con los cristales subidos se debe a que no les transmiten confianza. Es decir, aman algo que no es confiable y ellos lo saben, por eso algunos afirman: "hay personas que creen que estoy loco y a veces me tienen miedo y por eso no bajan la ventana". La inquietud que inmediatamente se nos ocurre es ¿cómo puede un grupo de seres humanos disfrutar haciendo algo que en lugar de resultar familiar, intimida a su posible público? Y establezcamos que el problema no está en los actores, sino justamente en el público, pero sea lo que sea, es imposible que de esta experiencia pueda salir un ser humano, digamos no sólo a gusto consigo mismo, sino reconciliado con los demás.

Algunos, incluso, se sienten como a gusto sabiendo que intimida a sus clientes, y que quizá

sea esta intimidación la que los fuerza a colaborar con ellos. Es una situación, en el fondo, de rebeldía, de resentimiento, incluso de provocación. Hay que decir para ser completo con esta descripción del arte urbano, que no todos los que se dedican a los malabares están tan contentos con lo que hacen, por muchas razones, porque son extorsionados, amenazados, y es evidente que este sector se relaciona con su oficio de un modo estrictamente instrumental, es decir, saben que tienen que hacerlo porque es la única posibilidad que tienen a la mano para salir adelante, para pagar la universidad, etc., pero que en la primera oportunidad que tiene piensan dejarlo, son los típicos trabajadores oportunistas.

Y, generalmente, se dedican, además de los malabares, a alguna otra actividad como vender dulces, por ejemplo, hay entre este grupo de "disgustados" algunos que estudian en la universidad por lo que tienen la impresión que no llegaron para quedarse ejerciendo estas actividades, porque están confiados en que luego podrán dedicarse al empleo que les provea su profesión.

Me llamó la atención que cuando se les pregunta acerca de cuando van a dejar de ser malabaristas, dicen no saberlo, ¿Qué significa esta respuesta? Pareciera que están de algún modo aprisionados en ese modo de vida, del mismo modo en que está estancado un trabajador en su trabajo supuestamente esta-

ble, pero con un salario que no le ajusta ni con las necesidades básicas. No significa, necesariamente, que se sientan tan realizados que no piensen dejar su oficio, sino que están simplemente estancados, y como lo dice Standing (2013), eso es índice de precariedad. Y aunque la mayoría de los que se encuentran en este grupo, diga que piensa quedarse únicamente un año, hay que decir que nunca termina de llegar ese año.

Un hallazgo significativo que hay que tomar en cuenta es que aquellos que sueñan con retirarse al año siguiente o están solteros o la gente que depende de ellos es a lo máximo de uno, entonces no se sienten tan obligados a tener que realizar alguna actividad; también coincide con que tienen poco de ejercer el oficio; en cambio los que tienen 10 años o más años, es más probable que tengan ya una familia numerosa a la cual mantener, y ya no hay modo de salir, se estacionaron en ese modo de vida. Esto no significa que los que tienen un año o dos, vayan a salir de esa situación, sin embargo cuando se tiene muy poco tiempo en ello, guardan las esperanzas que sea como una especie de vacaciones, mientras terminan la universidad, mientras encuentran una novia formal, mientras encuentran un trabajo formal, pero como lo dice Standing en una conferencia en una televisión española, esta situación no es accidental, sino que ha sido orquestada y en la medida en la que lo es, las posibles salidas son cada vez más remotas. Pero existe la

posibilidad, como ya lo dijimos más arriba, que llegaron para quedarse. Dice uno de los malabaristas que algunas personas le gritan que busque trabajo, el no termina de comprender por qué no consideran lo que hace como trabajo, porque es evidente que si le sugieren que busque trabajo es que consideran que lo que él hace no lo es. ¿Cómo es posible que no lo vean como trabajo? No sólo es su forma de vivir, sino que como ya lo hemos esbozado, implica paciencia, constancia, mucho tiempo invertido.

De lo que se trata es de comprender bien la actitud de quienes les gritan; no va por el hecho de que los convenzan de que efectivamente están realizando un trabajo, es que se nos ha enseñado a pensar que la situación en la que se encuentran muchos de esos jóvenes se debe, principalmente, al hecho de que no quisieron formarse, por lo tanto, son ellos los únicos responsables del estado en el que se encuentran⁶,

⁶ Un joven norteamericano cuenta lo sucedido en un experimentado, completamente controlado por él mismo, en el que se ve con toda claridad esta culpabilidad que se les atribuye, lo narra del modo como sigue: Persin se apostó con una niña a sus pies y actuó a la manera de un padre desempleado y en apuros, nadie se atrevió a entregarle ni una moneda. Todos pasaban, todos miraban y juzgaban, pero nadie se decidió a realizar una obra de caridad... la pregunta que automáticamente todos nos hacemos sobre por qué ese padre a todas luces joven y saludable estaría sometiendo a su hija a semejante calvario, cuando tal vez existan otras opciones, como buscar un empleo, sea donde sea... "Lo más impactante —argumenta— ocurrió cuando pasaban otros padres con sus hijos, y me miraban, y sus hijos también me mira-

es evidente que al ser abordado de este modo, los auténticos responsables de esta situación se esconden en el anonimato.

Cuando un joven ingeniero después de dedicar muchos años a los estudios es empleado por un salario escandalosamente bajo, caemos en la cuenta, que si el malabarista se dedica a lo que hace, sin ninguna formación formal, no es responsabilidad exclusivamente suya.

.....
ban, y simplemente siguieron su camino como si yo fuera invisible con mi falsa hija indigente"

Conclusión

La realidad de los profesionales, de los estudiantes, y del sector urbano informal están incursos en un panorama más global. En nuestro contexto, por ejemplo, se inscribe en todas las medidas neoliberales que se comienzan a implantar desde finales de la década de los ochenta, sobre todo el proceso privatizador en el que nos vimos inmersos. Privatización que va a traer aparejado la implementación de una serie de medidas que van a ser conocidas como flexibilización laboral. Este fenómeno de flexibilización puede interpretarse como el adelgazamiento de la mayoría de los derechos laborales. Los trabajadores comenzaron a sentirse indefensos frente a sus patrones sin contar, por otro lado, con una organización que los representara. Desde esta perspectiva, el rasgo más significativo es la incapacidad de la que van a dar muestras los trabajadores en

Si nos preguntamos ¿de dónde sacan la fuerza para seguir manteniéndose en una actividad tan poco valorada? hay que responder que de la actividad misma que realizan. En rigor, son uno con su actividad; mientras practican, lo que importa es aquello que están realizando, según ellos nada puede distraerlo de lo que hacen. Por eso algunos afirman "no suelo darme cuenta", se refieren al juicio de los demás mientras practica, "regularmente mientras practico no estoy atento a lo que sucede en mi entorno".

defender sus derechos como trabajador. Pero esta incapacidad es manifestación de un fenómeno más profundo, es la crisis que supuso la década de los noventa al sindicalismo, la beligerancia del sindicalismo de las décadas anteriores fue sistemática ignorada. De hecho, de acuerdo a las observaciones de Fidel Nieto, Rector de la Universidad Luterana Salvadoreña, hoy incluso se desconoce dónde quedan las sedes de aquellos beligerantes sindicatos. Por lo tanto, la conclusión más evidente a la que tenemos que llegar es que hoy de lo que estamos urgidos es a la organización, y potenciación del sindicalismo⁷. Un sindicalismo capaz de velar por los intereses

.....
7 En el momento en el que estoy revisando este artículo para la imprenta, ya no estoy seguro que sea la organización sindical el sujeto que defienda los intereses del trabajador; esta duda abre la reflexión acerca de una nueva subjetividad.

de los trabajadores. Sin embargo esto pasa por la enorme tarea de tomar conciencia no sólo de los derechos que son violados, sino

por la conciencia de que necesitamos organizarnos para defenderlos.

Bibliografía

1. *Standing (2014), El precariado, Una carta derechos, Capitán Swing, España.*
2. *Standing (2013), El precariado, Una nueva clase social, Pasado y Presente, España*
3. *Zubiri (2007), Naturaleza, Historia, Dios, Alianza Editorial, Madrid*
4. *Zubiri (1974), Tres dimensiones del Ser humano, Alianza Editorial, Madrid*
5. *Kiyosaki (2013), Guía para invertir, Punto de lectura, México*
6. *Mises (2010), La acción humana, Unión Editorial, Madrid*
7. *Lyotard (2006), La condición post-moderna, Cátedra, Madrid.*

